

O DE NATURA O DE SALAMANCA UNA ALEGORÍA QUIJOTESCA

DOI: 10.24142/unaula.n44a10

ALEXANDER
VELÁSQUEZ LÓPEZ*

¿Dónde está la sabiduría que hemos
perdido en conocimiento?
¿Dónde el conocimiento que hemos
perdido en información?

T. S. Eliot

Vladimir Nabokov, concienzudo lector ruso de *El Quijote*, señala que Cervantes omitió la aventura del descenso a la cueva de Montesinos cuando en su lecho de muerte Alonso Quijano confesó ante el cura sus delirios de caballero andante. La nota de esta omisión carecería de trascendencia si desconfiáramos, por un lado, de la honra de caballero que Alonso Quijano, el loco, se obligaba a guardar bajo juramento; y, por el otro, del respeto que

* Filósofo de la Universidad de Antioquia. Magíster en Hermenéutica Literaria de la Universidad EAFIT. Ha publicado en Medellín el poemario *Las puertas de Tannhäuser* con Vásquez Editores (2018). Trabaja con SEDUCA. Correo electrónico: presocratico2013@gmail.com

in extremis debía observar un buen cristiano como Alonso Quijano, el cuerdo, ante el sacramento de confesión. Pero enfatizar en este aparente dilema no deja de ser un pormenor crítico. Tanto como el que a continuación expondremos.

La observación de Nabokov apunta más bien a la incredulidad que embargaba a Cide Hamete Benengueli, el muy ficticio cronista moro de las muy ficticias aventuras de don Quijote, frente a tan insólitos eventos dentro de la cueva de Montesinos. Crónicas de las que el mismo Cervantes –aún más ficticio que sus creaciones– es el simple compilador a la lengua castellana, que no su novelista ni traductor. Hamete reseña al margen de sus manuscritos que don Quijote había confesado en su lecho de muerte la total invención de esta aventura. Entonces obligado moralmente a tomar una posición crítica al respecto, descarga su autoridad:

“Tú lector, pues eres prudente, juzga lo que te pareciese, que yo no debo ni puedo más, puesto que se tiene por cierto que el tiempo de su fin y muerte [de don Quijote] dicen que se retrató della [la aventura de la cueva de Montesinos] y dijo que él la había inventado, por parecerle que convenía y cuadraba bien con las aventuras que había leído en sus historias” [en los libros de caballería].

Cervantes recoge la aventura del descenso en la cueva de Montesinos en los capítulos XXII y XXIII de la segunda parte de *El ingenioso hidalgo don Quijote de La Mancha* (1605-15). Sopesando el carácter *sui generis* de esta aventura en el conjunto –y quizá coincidiendo en esto con el parecer de otros muchos lectores– se sostiene como una de las más memorables de la obra. Aducimos una de nuestras razones para sostener tal juicio: que al revés de lo que pareciera, esta aventura representa el mejor testimonio de que Cervantes acometió su novela sin intención paródica, pues lo sublime de su caballero andante se conserva aún en los momentos más irrisorios. Como novelista consagrado se esmeró en

escribir una verdadera novela de caballerías, quizá la última del género, pero asumiendo con honradez esa naturaleza imaginativa de las Españas, dotada de un delicioso realismo pícaro y un humor recio.

Además, sabe servirse de los lugares comunes del género que emuló, sirviéndose de la ejemplaridad de novelas canónicas de caballerías como *El Amadís de Gaula* (1508). Pero ¿y ese lugar remoto de La Mancha rural donde nada pasa sin ser pulverizado por molinos de viento, qué lugar común podría ser sino el lugar libresco de lo extraordinario? Este lugar de La Mancha es también la biblioteca de Alonso Quijano, también quizá sea otro lugar... Pero esto sólo debe juzgarlo el ‘desocupado lector’, así apela Cervantes. Y un juicio adecuado sobre ello sólo es posible si uno se hace con el corazón del árido país manchego. A propósito, ya sabemos qué cosas hizo Cervantes en esta obra con los hechiceros y las princesas, con los castillos y los gigantes; pero también, con las bacías y los molinos de viento, con las ventas y las Maritornes.

El capítulo XXIII tiene por revelador título “De las admirables cosas que el extremado don Quijote contó que había visto en la profunda cueva de Montesinos, cuya imposibilidad y grandeza hace que se tenga esta aventura por apócrifa”. El anterior capítulo, el XXII, de donde tomamos el personaje que nos movió a escribir estas páginas, se titula “Donde se cuenta de la grande aventura de la cueva de Montesinos, que está en el corazón de La Mancha, a quien dio feliz cima el valeroso don Quijote de La Mancha”. En efecto, el propósito es tantear la presencia de un curioso personaje, el primo, “estudiante famoso”, y que los acompañó durante el trayecto a la cueva de Montesinos y a las lagunas de Ruidera. Pero, para caracterizar a este personaje se hace necesario hablar de lo que pasó allí dentro de la cueva. Vayamos entonces al testimonio de lo que vio su protagonista, don Quijote, luego de que Sancho y el primo lo hubiesen traído a la superficie con las mismas sogas con que se sirvieron

para su descenso. Sólo después de despabilarse de una profunda somnolencia y de saciar el hambre, pudo narrarles a sus dos compañeros de aventuras, a saber, a un burdo labriego y a un prestigioso académico, lo que allá abajo le había acontecido. Don Quijote cuenta pues que cuando acabó el descenso y empezó a recoger la sogá que aún le enviaban

“Me saltó un sueño profundísimo; y cuando menos lo pensaba, sin saber cómo ni cómo no, desperté en la mitad del más bello, ameno y deleitoso prado que pueda criar la Naturaleza, ni imaginar la más discreta imaginación humana”.

Don Quijote, alucinado, debe comprobar que “el tacto, el sentimiento, los discursos concertados que entre mí hacía, me certificaron que yo era allí entonces el que soy aquí ahora” para así asegurarse de estar en sus cabales y que no se engañaba con aquel *locus amoenus* fascinante y excesivamente calcado del mundo literario. El tacto significa la sensación del cuerpo; el sentimiento, la amplitud del alma; y el discurso, la agudeza del espíritu. Sin embargo, siguiendo la razón de la sinrazón don Quijote alcanza en la cueva de Montesinos otro lugar y otro tiempo en cuerpo, alma y espíritu. En verdad, esto es sólo posible para un *soberano loco* que, privado de los estímulos del exterior, se le ofrece ante la vista la imponencia de un alcázar de cristal del que sale al encuentro un anciano venerable, el mismo Montesinos, reconocido personaje en sus lecturas de los viejos ciclos de caballería. Dirigiéndose entonces a don Quijote, le cuenta que las personas que allí habitan y que por allí viera, han sido encantadas a lo largo de mucho tiempo por un hechicero poderoso, Merlín, “aquel francés encantador que dicen que fue hijo del diablo”. También añade que todos allí han estado esperando el cumplimiento de la hora de su arribo, de acuerdo con cierta profecía pasada, para dar fe de este lugar y de quienes lo habitan y de su largo secuestro.

Ya en el interior, el legendario Montesinos le presenta al huésped principal del castillo, se trata del difunto, pero encantado caballero Durandarte, quien yace sobre un sepulcro de mármol, y cuyo cuerpo en estado incorrupto aún puede lanzar quejas por medio de las artes portentosas de Merlín y suspira en verso:

“— ¡Oh, mi primo Montesinos!
 Lo postrero que os rogaba,
 Que cuando yo fuere muerto
 Y mi ánima arrancada,
 Que llevéis mi corazón
 Adonde Belerma estaba,
 Sacándomele del pecho,
 Ya con puñal, ya con daga.

Belerma, la noble viuda presente también allí y rodeada de su cortejo de damas también encantadas, llora de continuo adolorida al oírle. Apenado, Montesinos consuela a Durandarte diciéndole que así mismo como había ordenado en vida, exactamente había hecho ya con su cuerpo. Y dirigiéndose también a don Quijote le explica que Merlín ha encantado a la señora Belerma en ese mismo lugar, pero que ha convertido a su fiel escudero, Guadiana, en un río que “por donde quiera que vaya muestra su tristeza y melancolía” y en el que no hay peces deleitosos, “sino burdos y desabridos, bien diferentes a los del Tajo dorado”. Agrega también que a la señora Ruidera y a sus siete hijas y dos sobrinas las ha transformado en lagunas, tributarias del Guadiana. Todos estos personajes hacen parte de las leyendas locales o de los romances y ciclos de caballería.

Pronto asoma la señora Belerma con su séquito trayendo consigo el corazón momificado de su amado caballero, Durandarte. Montesinos acota que, si a don Quijote no le parecía hermosa como era fama, “era la

causa las malas noches y peores días que en aquel encantamiento pasaba”. Agregando, para disgusto del caballero, “que, si esto no fuera, apenas la igualara en hermosura, donaire y brío la gran Dulcinea del Toboso”. Iba en ese punto de la narración don Quijote cuando el primo irrumpe, “yo no sé, señor don Quijote, cómo vuesa merced en tan poco espacio de tiempo como estuvo allá abajo haya visto tantas cosas y hablado y respondido tanto”. En efecto, para don Quijote han pasado ya tres días desde que entró en la cueva; para quienes le oyen atentamente ha pasado “poco más de una hora”.

Paremos en este punto dejando en suspenso el resto del capítulo. Y volvamos a ese diálogo que hubo entre los tres aventureros de la cueva de Montesinos en el capítulo XXII. Hasta esta parte los lectores han intimado largo con Sancho y don Quijote, pero ¿quién es este fugaz primo, este ‘famoso estudiante’ que se anima a notar el desfase temporal en lo que narra don Quijote, pero que como él es tan aficionado a la lectura de libros de caballería? Pues se trata del primo de aquel licenciado que también acompañó a don Quijote y a Sancho durante una aventura previa –las muy dramáticas bodas del rico Camacho–, y a quien este licenciado de Salamanca les recomendó como buena guía hacia la cueva, pues don Quijote “tenía gran deseo de entrar en ella y ver a ojos vistas si eran verdaderas las maravillas que de ella se decían por aquellos contornos”.

Tal vez Cervantes esté retratando con ambos personajes al tipo de clérigos de su época. El primo se define como un humanista cuyos intereses académicos están en “componer libros para dar a la estampa”. ¡Y qué libros! Si las extrapoláramos, cada una de las tres obras podría representar un cierto abuso de los aparatos académicos del humanismo de todos los tiempos:

1. *De las libreas*: una suerte de catálogo ilustrado de imágenes coloridas en donde se exponen setecientas tres variedades de libreas con sus leyendas y dibujos alegóricos. Es decir, un compendio erudito sobre trajes de etiqueta y su significado y uso para la época. Este enfoque especial sobre aquellas prendas sería tan notable como hoy un inventario puntual *Sobre las cajas de cartón: clases, rotulados, tamaños y propósitos de empaçado*. Representa en cierto modo el mal de la especialización absoluta.
2. *Metamorfóseos, o Ovidio español*: una monografía “de invención nueva y rara” que versa sobre las transformaciones en fuentes, ríos y montañas que padecieron algunos personajes de leyendas locales, como la de Montesinos, aunque eso sí, “imitando a Ovidio a lo burlesco” en sus *Metamorfosis* (8 d. C.). Representa pues el mal del plagio o la imitación.
3. *Suplemento a Virgilio Polidoro*: tratado que compendia la invención y el origen de las cosas, “de gran erudición y estudio”, citando a más de veinticinco autoridades para corroborar al pie de la letra quién fue el primero en contraer catarro o el primero en tratarse la sífilis. Hubo necesidad de escribirlo “a causa de las cosas que dejó de decir Polidoro”, aquel humanista italiano, autor de *De rerum inventoribus* (1499). En este tratado se representa el mal de la presunción.

“Todos de gran provecho y no menos entretenimiento para la república”, se jacta el primo de estos sus tres ‘libros para la estampa’. Se trata pues de un joven académico, vanidoso y socarrón, pero de una atractiva ociosidad, pues decide guiar a don Quijote y a su escudero al lugar donde convergen sus intereses, a saber, a la cueva de Montesinos. “Suplico a vuesa merced, señor don Quijote, que mire bien y especule con cien ojos

lo que hay allá dentro: quizá habrá cosas que las ponga yo en el libro de mis *Transformaciones*”, así le ruega antes de que el caballero emprenda el descenso. Aunque, a decir verdad, don Quijote ve solo por los ojos de Dulcinea, la suprema dama de su imaginación, y de la que pronto tendrá noticias poco gratas entre los encantados que habitan allí en lo profundo.

Ahora bien, la *especialización*, la *imitación* y la *presunción* pueden considerarse males en tanto son mentiras relativas, valga decir, verdades a medias. El primero de estos males olvida el contexto que le da sentido a una particularidad; el segundo obvia los rasgos esenciales de lo imitado; y el último, el presumir intelectual, niega la experiencia de seguir aprendiendo de modo más amplio y profundo. Cide Hamete Benengueli confiesa sus límites como mero cronista para discernir la verdad “que yo no debo ni puedo más”, y les entrega a los ‘desocupados lectores’ el encargo de hacerse con el criterio ante el relato fantástico de don Quijote y su poderosa imaginación.

Pero esto puede advertirlo sólo un lector que ponga tanta escucha como Sancho Panza la puso en la narración del primo sobre sus tres eruditas publicaciones. Con la astucia propia del labriego, Sancho parodia con sorna el manierismo mental del escritor de ‘libros para la estampa’, el primo. Entonces le formula una cuestión a propósito –burla de la que el burlado, por más perspicaz que sea, ni se entera de que es objeto–. Cervantes recoge esta malicia en las preguntas y respuestas que Sancho expone. Es genial en este sentido su entrada:

Sancho, que había estado muy atento a la narración del primo, le dijo:

— Dígame, señor, así Dios le dé buena manderecha en la impresión de sus libros: sabríame decir, que sí sabrá, pues todo lo sabe, ¿quién fue el primero que se rascó en la cabeza, que yo para mí tengo que debió de ser nuestro padre Adán?

El jovial primo se permite entrar también en el juego de Sancho y así le confirma la veracidad de su presunción, pues Adán “tuvo cabeza [...] y siendo el primer hombre del mundo, alguna vez se rascaría”. Desde esta misma ‘lógica’ Sancho sigue insistiendo en la burla y ahora le pregunta por el primer acróbata o *volteador* en el mundo. El primo dice que lo ignora y, con la formalidad del caso, le promete que estudiará la cuestión cuando vuelva “adonde tengo mis libros” y que cuando se encuentren de nuevo satisfará su pregunta. A lo que Sancho le dice que ya no será necesaria tal investigación, pues él mismo conoce la respuesta. Y se la dice: “fue Lucifer, cuando le echaron o arrojaron del cielo, que vino volteando hasta los abismos”.

El admirado primo sólo alcanza a darle la razón a Sancho Panza. Y don Quijote, también asombrado por esta sarta de ocurrencias, le cuestiona la autoría de semejante pregunta y respuesta, “a alguno las has oído decir”, le sostiene. Sancho, para remate de su guasa, alega que no necesita acudir a una autoridad para permitirse preguntar y responder al primo semejantes necesidades. Con esta otra simpática acrobacia –no inferior a su entrada– Sancho representaría así un tipo espontáneo de humanidad que se atiene a la seguridad de los propios sentidos y por tanto a los argumentos prácticos que discernen lo productivo de lo estéril en los asuntos mundanos. Así puede decirle a su escudero en reconocimiento de su sabiduría natural:

— Más has dicho, Sancho, de lo que sabes [...] que hay algunos que se cansan en saber y averiguar cosas que después de sabidas y averiguadas no importan un ardite al entendimiento ni a la memoria.

Yendo un poco más lejos, Sancho Panza podría representar la certeza del cuerpo y sus necesidades inmediatas, sobre todo la de comer y beber. Los males de su carácter provienen de su propia fuerza, es decir, de

su *panza*. Su astucia es sensual y obtusa, ningún error mental vendría por dispersión en ejercicios intelectuales, que sería más bien un mal propio en el carácter del primo. De allí que Sancho sea maestro de los refranes y los dichos, que son síntesis acomodadas de muchas experiencias. Por lo demás, en don Quijote el mal proviene del corazón cuyo ritmo va de lo sublime a lo ridículo.

Retomando la cita, la palabra ‘ardite’ debe entenderse como nosotros entendemos la palabra ‘centavo’ o ‘peso’ cuando, por ejemplo, decimos que algo o hacer algo ‘no vale ni un centavo’. Don Quijote dice que hay cierto tipo de investigación que “no importa un ardite al entendimiento ni a la memoria”, dos de las potencias del alma –la tercera es la voluntad– y las cuales, según el rancio pensamiento de Agustín, van más allá de procesar y almacenar información. Tienen por fin hacerse con la experiencia humana y a través de ella configurar las fuerzas vitales del alma, proporcionándole sentido a cualquier vida personal. Sin embargo, las experiencias determinantes para cada vida singular, aunque sólo podrían *experimentarse* como personales son susceptibles de trascender en las palabras de los hombres por medio de las obras de la lengua y, por tanto, son tan genuinas porque trascienden en nuestras vidas personales.

Don Quijote y el primo son unos consumados lectores de libros de caballerías y ambos conocen los tópicos, formas y argumentos en la composición de estas novelas que, durante un buen tiempo, tuvieron gran difusión entre las gentes letradas de Europa. Pero si don Quijote representa el alma grande de estos *best sellers*, de tema ya anacrónico para la época, –tan grande como para poder reencarnarlos en su persona insuflándolas de vida, así sea usando una bacía por yelmo–, entonces el primo representaría más bien el espíritu humanista e irónico de los tiempos cambiantes de la Modernidad, ya sea ésta la del siglo XVII o la del XXI. Y con semejante conclusión también quisiéramos cerrar esta

somera alegoría entre triadas: los tres personajes, los tres libros y las tres potencias anímicas.

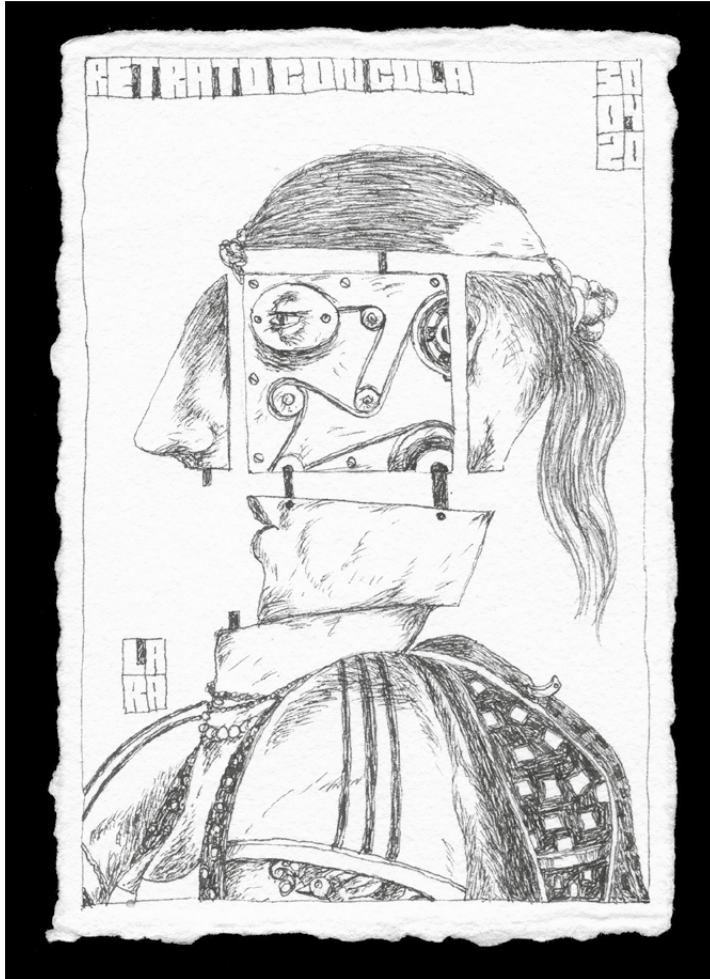
Coda. A propósito de arditos y monedas, incluso el barquero del inframundo se las exigía a las almas para llevarlas a través del Estigia. En su viaje de descenso don Quijote se desprendió del capital que llevaba consigo, a saber, de cuatro reales por pedido de su encantada Dulcinea del Toboso; pues allí la vio, justo en aquel paraje de ensueño, aunque ella emprendiera la fuga “que ni una jara la alcanzara”. Una acompañante de Dulcinea, sin embargo, se acerca e intercede en su nombre por un préstamo de media docena de reales “o los que vuestra merced tuviere, que ella da su palabra de volvérselos con mucha brevedad” y él, como era de esperar, entrega todo lo que portaba en dinero, no sin antes disculparse por no tener más, aunque pone cara de extrañeza por semejante demanda –pues desconocía de algo semejante en todas sus lecturas sobre caballeros y caballerías–. Montesinos le aclara entonces que “esta que llaman necesidad adondequiera se usa y por todo se extiende y a todos alcanza, y aun hasta los encantados no perdona”. Esta es la experiencia que gana para sí don Quijote en esta aventura: un anticlímax provocado por los nuevos valores mercantiles en contraste brusco con los viejos ideales caballerescos. Con todo, el cronista Cide Hamete Benengueli no revela la razón de tan curioso préstamo por la bella dama de todo lo sublime.

La poderosa imaginación de don Quijote en estos amenísimos parajes encantados es equiparable con la de Cervantes cuando se ingenió esta su novela en los reducidos espacios de una cárcel “donde toda incomodidad tiene su asiento y donde todo triste ruido hace su habitación”. La difícil experiencia del presidio no le era ajena según sugiere en el primer prólogo de la novela y confirman los historiógrafos. En el prólogo también apunta que nada hay mejor para inspirarse que “el sosiego, el

lugar apacible, la amenidad de los campos, la serenidad de los cielos, el murmurar de las fuentes, la quietud del espíritu”. Tanto en la cárcel como dentro de la legendaria cueva de Montesinos, nosotros, los ‘desocupados lectores’, reconocemos el corazón anacrónico que nombra aquel lugar de La Mancha cuyo nombre es leyenda olvidada. De esa cronología anacrónica de Cide Hamete Benengueli, que ni poesía o historia, queda sólo la narración de lo que podría haber pasado en el lugar donde nada pasa. Y su símbolo: la soledad de un árido campo de molinos de viento.

Hay una especie de clima particular en la lengua de *Don Quijote*: son las densas ironías de la memoria y el entendimiento que exhalan sin embargo una voluntad fresca de cruel jovialidad. Si hay nostalgia por una edad de oro, ésta aparece desentendida y sin amarguras de espíritu a falta de recuerdos. Como lectores, esto tal vez lo entendamos con la razón, pero Giovanni Quessep, el poeta colombiano *más nuestro*, quizá porque canta con acento *extranjero*, sea quien haya comprendido mejor que nadie el significado de todas las cuevas de Montesinos y de los tiempos anacrónicos de las leyendas, asintiendo en sus poemas lo que sea ese temple anímico de quienes osan entrar en cuevas encantadas.

La nostalgia es vivir sin recordar
De qué palabra fuimos inventados.



Saúl Álvarez Lara / Retrato Aislado / Tinta y pluma sobre papel / 10 x 15 cms. / 2020

Es flaca y parece mayor. Pelo rojizo cogido atrás en cola de caballo. Se notan canas entreveradas en el peinado. Ojos grandes por la cara estrecha y larga como la nariz; quizá por eso los ojos y la boca parecen desproporcionados.

